

- “Jimena: ¿te has presentado a Capitán Optimista?”
- “Ahora me siento y me lo leo.”

Y así casi se me pasa el plazo. Pero en esto del hacer cualquier cosa del trabajo, resulta que tengo muchos escuderos. Se llaman Marta, Isabel, Bea, Mar, Alberto, Elena, Ana, y podría seguir nombrándoles hasta el final de estas líneas, porque ellos son los promotores de las mismas. Mis compañeros enfermeros. Mi equipo. Los artífices de que esté sentada reflexionando sobre por qué soy ese Capitán Optimista que ellos ven en mí.

Lo cierto es que cuando tu centro de trabajo es una unidad de Cuidados Intensivos Pediátricos, el optimismo viene sólo, casi sin esfuerzo, como el respirar. Uno no puede más que dejarse contagiar del espíritu de nuestros pacientes. Los niños, esos pequeños bajitos, sí son verdaderos Capitanes Optimistas. Superhéroes de carne y hueso, alguna lágrima y muchas muchas sonrisas. Cuando trabajas por y para ellos, puedes sentir que son motores constantes de alegría y juego. Ellos afrontan la vida con ilusión; y en la enfermedad, en el momento crítico de su paso por la UCI, la comparten con los que los cuidamos. La capacidad de los niños de mirar siempre hacia adelante y delinear un futuro de juego es mágica y contagiosa. Hace años que también entendí que les confiere una fortaleza especial para afrontar la enfermedad, y que nuestra obligación era que a nadie se le olvidase.

Esta historia se inició como un juego. Con un set de globos alargados y una pera para hincharlos. Con un libro que poco después me regaló la madre de un paciente, tras ver cómo mis infructuosos intentos estallaban en un entorno que se presumía serio, pero que no lo era tanto, porque posibilitaba que de esta manera tan burda, yo aprendiera globoflexia. Aprendiera, porque he de reconocer que no soy ningún genio. Pero tras varios globos estallados, en algún rato libre, reparto perros, flores, loros y espadas. Mis conejos tienen casi más patas que orejas, y los perros más rabo que cuerpo. Figuras que desatan arduos debates sobre lo que realmente parecen y aúnan en la crítica jocosa a padres y compañeros. Pero, sobre todo, que prolongan el brillo en los ojos de quien las recibe. Así empezó todo hace ya 13 años, con los globos en la UCI, y así se despertó la curiosidad de compañeros y amigos, y se incorporaron las decoraciones a las camas de los niños.

Después llegaron las fiestas. Y la Navidad para eso es la fiesta estrella. Es decididamente una época en la que capturar las sonrisas, porque si no, se olvidan... A veces se nos olvidan a nosotros: los trabajadores. Porque también sufrimos altibajos. Por eso, procuro que cada año el reto de decorar la UCI sea distinto. Que se construya el ambiente entre todos. Desde un foto-call con un camello cargado de regalos con el que te puedes hacer una foto y pedir un deseo, hasta un quién es quién con las fotos de pacientes, padres y personal de niños felicitando las fiestas, han sido muchos años de elaborar entre todos nuestra felicitación navideña. A veces, incluso ha servido de rehabilitación de nuestros pacientes, que volvían a colorear, recortar y levantarse para pegar sus figuras. Y para rematar desde hace 3 años, todos participamos en el Concurso Anual del Pijama Navideño, para el cual el personal decora su indumentaria de trabajo con motivos navideños y entre todos se eligen los ganadores. Quizás sea este uno de los momentos más espectaculares de nuestra UCI. El día en que más visitas y sonrisas recibimos, el día que las luces no solo están en monitores, sino en la indumentaria del personal.

El empuje de estos momentos, ha llevado a hacerlos extensivos a muchas otras ocasiones. Los mundiales de fútbol, juegos olímpicos, eurocopas, etc, decoramos con banderas de los países de origen de pacientes, padres y cuidadores. Carnaval y Halloween tienen su espacio con caretas y calabazas. No hay excusa mala para cubrir paredes y techos de colores vivos. Porque darles vida a nuestras paredes nos ha hecho más equipo.

Equipo optimista, es la realidad de nuestra UCI. Porque son mis compañeros los que se han dejado convencer para correr carreras solidarias con camisetas que leían “Cuerpazo de la UCI Pediátrica Gregorio Marañón”. Porque ellos son los que han creído a ciegas que debíamos tener un espacio donde disfrutar en común de nuestra amistad, y participan en nuestros aperitivos bianuales para el personal de la UCI. Porque atienden a responder mis inquietudes para programar que podamos tener clases de yoga, de zumba, de risoterapia. Porque cada vez que me embarco en una aventura nueva, empujan por detrás y tiran desde delante. Yo empecé siendo la cabeza visible de un deber que nos recuerdan nuestros pacientes los niños, pero este barco lo capitaneamos entre todos.